

[PORTADA](#) > [Cultura](#) > [Cultura](#)

La Orquesta Barroca de Sevilla, aclamada en París



La Orquesta Barroca de Sevilla, en un momento del concierto ABC

CARLOS TARÍN.
PARÍS

Quienes llevamos siguiendo a la Orquesta Barroca de Sevilla desde su creación, hace más de doce años, pasando con ellos su falta de apoyo institucional, su creciente nivel artístico, sus ganas de no rendirse, no quisimos perdernos el final de su primera gran gira, iniciada el 10 de diciembre en la catedral hispalense con una única obra, «El Mesías» de Haendel. Participaban como solistas la soprano Cornelia Samuelis, el contratenor Carlos Mena, el tenor Markus Schäfer, el bajo Thomas Bauer y el Coro Arsys-Bourgogne, bajo la batuta de Pierre Cao.

Tras la gira española, siguió la francesa (Lons le Saunier), debutando finalmente en París, en la mítica Sala Gaveau. Sólo su nombre ya impone al músico. Construida a principios del XX, desde su primera temporada (1907-08), ya acogió los famosos conciertos Lamoureux, en los que destacó la dirección de Vicent D'Indy, Chevillard o Messager. No es que sea un recinto de gran belleza; diríamos incluso que tiene un cierto halo antiguo, no en cuanto a estilo, sino a descuido. Pero conserva una acústica tremendamente clara, lo que en música significa que cualquier fallo, cualquier debilidad siquiera, será amplificada por la delatora resonancia. Un último elemento tensaba los nervios generalmente templados de los músicos sevillanos: la presencia masiva de un público altamente exigente, acostumbrado a las figuras de renombre.

Era algo que se que se dejaba ver a medida que avanzaba el concierto y la expectación crecía: ni una tos, ni un caramelo, ni un aplauso fuera de lugar. En el intermedio ya se pudo intuir el resultado, pero fue al terminar cuando la sala se convirtió en una verdadera aclamación popular. Las más de 1000 localidades ensalzaron el trabajo de la orquesta sevillana, director, solistas y coro con encendidos bravos y aplausos, primero durante 13 largos minutos, tras los cuales Cao ofreció como bis el famoso «Aleluya» (en el que los solistas se integraron en el coro); y tras él, la ovación se reanudó de forma aún más ostensible, hasta que la orquesta se recogió finalmente. Desde que la oímos en Sevilla la OBS había rodado mucho. Para empezar no dependía de las pésimas condiciones de la catedral hispalense: ni la acústica, ni el frío, ni la asfixia de tanto coro, ni la desubicación. Y además, la obra había ido madurando en cada actuación. Parecía otra, aunque los intérpretes fueran los mismos. Cao, con sus casi 70 años, imprime una energía hercúlea a cada número, que en los más rápidos lleva a una aceleración casi frenética, en la que no se pierde la esencia de la obra, sino que se acentúa cada articulación, al servicio de un concepto global apasionante. En la orquesta, los nervios y la tensión se transformaron en un brío desmedido, y tras el descanso, viendo que estaban entusiasmados, se relajaron, consiguiendo una afinación que se movió sin descanso en la pura perfección. El «buen rollito» en el que se mueven siempre sus músicos consigue que incluso en estos momentos tan estresantes, no pierdan su humor y su complicidad cuando tocan. Ellos no se consideran una orquesta de funcionarios que trabajan a sueldo, sino unos músicos que cuando se reúnen es porque tienen ganas de tocar, y de verse. El buen humor salpica cuanto hacen, a los que les acompañan (solistas, directores, mirones), consiguiendo que en sus interpretaciones reine, antes que nada, la frescura del sonido.